

lo han juzgado los especialistas de los perfiles soviéticos. (Vid. nuestra nota *Una dialéctica estadounidense ante la política exterior del comunismo*, en *Alcalá*, agosto 1955, págs. 10-11.) Y en la conjunción de esos extremos es en donde radica el mensaje para los centros directivos del Occidente, singularmente para Wáshington. ¡Buena cuestión para aguzar las mentes de los dirigentes “atlánticos”!

LEANDRO RUBIO GARCÍA

## OTRA NOVELA DE GRAHAM GREENE

Para nosotros, una de las características más acusadas y definitivas del estilo narrativo de Graham Greene estriba en ese magistral equilibrio que el novelista sabe mantener entre la trepidante acción exterior de sus relatos y la densa intriga interior de los mismos. Recuérdese la anécdota, la rica peripecia de *El poder y la gloria*, de *The heart of the matter*, etc., tan inteligentemente confundida con el agudo proceso moral de los protagonistas. Ambas líneas argumentales—la puramente episódica y la espiritual—, en lugar de estorbarse, más bien se complementan; se funden y ajustan tan estrechamente en sus novelas estos dos desarrollos, que a veces resulta difícil decir en qué punto acaban y terminan, respectivamente, uno y otro. Para nosotros, decíamos, es esta conjunción una de las claves fundamentales que sustentan el éxito universal y la ancha eficacia de la obra de Greene.

Pues bien: he aquí que en esta última novela suya (la última editada en tórculos españoles) ese magistral equilibrio falla de modo evidente. En *El fin de la aventura*, que es el libro a que nos referimos, apenas hay un acontecer exterior; su línea argumental es demasiado simple. La anécdota, el movimiento externo, es casi nulo o, al menos, brumoso y apenas esbozado. Un minucioso estudio realista, una detallada inspección del avatar psicológico y pasional de los protagonistas de este relato, no hallan en su dintorno lo que pudiéramos llamar el excipiente vital, la peripecia que sujeta y atrae al lector.

*El fin de la aventura* narra una compleja historia de amor, de adulterio y de odio, prietamente confundidos. Los celos hacen también su cálida aparición. Pero estos celos no tienen humano obje-

tivo, sino que van orientados hacia el más poderoso y alto rival: Dios. El novelista Bendrix ama a la adúltera Sarah, y ésta, que primero le ha correspondido ardientemente, se ve luego acuciada por la llamada divina. Su pasión y su culpa se redimen, agónicamente, en el amor y la búsqueda divina; lo cual desencadena un ciclón de odios en el amante postergado, que reniega, con excesivo fervor, de aquel Ser que le arrebató lo que más quiere. Ni siquiera la aparición de pequeños sucesos milagrosos, tras la muerte de Sarah, logran alcanzar el corazón y la razón de Bendrix, encastillado en su inoperante rencor. Sólo, acaso, ese mismo odio, esa misma furibunda impotencia, esa misma conciencia de su derrota hacen sentir la gran verdad en su alma agnóstica y gélida.

Esta narración, de intensa vida interior, carece, en cambio, como decíamos, de vida externa, y está llevada a cabo con una desigual construcción técnica, fragmentada en exceso. Por otro lado, una ostensible frialdad preside todo el relato. Solamente algunos de los escasos personajes secundarios—como el predicador racionalista, o el detective privado—están tratados y dibujados con tibieza humana, con algún hálito de ternura. Los otros, los protagonistas, a pesar de su innegable realismo cotidiano, se nos aparecen esbozados bajo un helado signo intelectualista, como meros vehículos de sus ideas y pasiones, no demasiado matizadas, apenas con alguna leve alternativa o contraste. De ahí que esta novela de Greene defraude un poco al lector común, y aun al otro, al minoritario, sobre todo si éste es conocedor de la anterior producción del novelista.

Sin embargo, estos datos negativos no restan ni un ápice del interés moral de *El fin de la aventura*. Una vez más se pone de manifiesto en esta novela esa constante que tan bien define la novelística de su autor: nos referimos a la inquietud de Dios. Esa inquietud que, más que su presencia, invade siempre los relatos de Greene. Esa voluntad dolorosa de creer, esa sed casi unánimemente de sentirse lleno de infinito y de fe. Acuciante problema que, también en *El fin de la aventura*, queda irresuelto, punzante, a diente

ENRIQUE SORDO